

XX. “LOS ÚLTIMOS DÍAS”.

FERENCZI escribió desde Budapest:

En lo físico, estoy relativamente bien. Mentalmente, estoy a veces muy activo y a veces en exceso cansado. Las cosas en las que me ocupo no están todavía lo suficiente maduras para comunicarlas. Mi “fantasía científica” que, sin embargo, está “bien disciplinada” (Freud) me conduce a excursionar mucho más allá del inconsciente, algunas veces en lo llamado metafísico, por lo menos mientras se repite con una uniformidad comparativa en la producción de pacientes. De los sueños parece abrirse un camino hacia un entendimiento más profundo de la división de la personalidad, así como de las psicosis. Debo mis avances técnicos a las señales que los pacientes dan por medio de sus propias resistencias.

Lo más nuevo aquí es el inicio de un *ambulatorium* psicoanalítico en el que está trabajando activamente la familia K. El congreso ha sido aplazado hasta fines de agosto, pero creo que no se celebrará ni siquiera entonces.

Debo reconocerlo francamente, algunas veces te envidio, querido Pat, por tu enfermedad. ¡Qué agradable debe ser descansar en tu casita y tu jardín! Espero que estas pocas líneas bastarán para hacer que nos recuerdes, y espero recibir pronto buenas noticias.

Financieramente tampoco estoy muy bien. Sólo estoy ganando cerca de la mitad de lo que recibía en los últimos años, pero en vista de la tendencia general a la baja, esto no parece tan malo. Con mucho cariño y los mejores deseos para ustedes dos, Tuyo, *Sandor*

El Congreso se celebró en Wiesbaden, en septiembre, y Simmel fue a Baden-Baden después, para pasar dos semanas con los Groddeck antes de irse a los Estados Unidos. Después, Karen Horney llegó a despedirse antes de emigrar.

Esta es la etapa que Jones describe como difícil para Freud por el “progresivo declive del estado mental de Ferenczi”. Según Jones, Ferenczi preparó un trabajo para el próximo Congreso y lo leyó a Freud y a Brill. A Freud no le gustó el trabajo y le pidió a Ferenczi que no lo leyera. Brill, Eitington y van Ophuijsen pensaron que “sería escandaloso leer semejante ponencia ante un congreso psicoanalítico”. Jones recomendó que se leyera. Fue leído, al parecer sin escándalo.

En el Congreso, Ferenczi le confesó a Jones que sufría de anemia perniciosa, “pero esperaba aprovechar la terapia del hígado”. Como Groddeck acababa apenas de recuperarse de su propia enfermedad, no lo consultó acerca de sus propios problemas, pero inmediatamente después del Congreso se fue al Sur de Francia a descansar. Se puso tan enfermo que acortó sus vacaciones y volvió a su casa.

Jones dice que, en marzo de 1933, “la enfermedad, como sucede algunas veces, atacó la médula espinal y el cerebro y en los dos últimos meses de su vida no pudo levantarse ni caminar; esto exacerbó indudablemente sus tendencias psicopatológicas latentes... La última carta de Ferenczi a Freud, escrita en la cama, el 4 de mayo, demostraba que estaba muy perturbado mentalmente, con fantasías acerca de la supuesta hostilidad de Freud. Hacia el final tuvo estallidos paranoicos violentos e inclusive homicidas, seguidos por una muerte súbita el 24 de mayo”.

No hay señales de esa perturbación mental en las cartas que Ferenczi le escribió a Groddeck en sus últimos meses. El 20 de marzo, escribió, después de estar supuestamente paralizado:

Obviamente, no se puede pecar durante muchos años sin castigo. Mi malestar en Baden-Baden fue el principio de una anemia bastante peligrosa que casi me abrumó en Francia, de modo que sólo con gran dificultad pude arrastrarme a mi casa aún a tiempo. Desde entonces trabajo a medio vapor y me alimentan por vía subcutánea con hígado. Mi situación es desde entonces a medias satisfactoria, con sólo unos cuantos cambios. La causa física del colapso fue, aparte del agotamiento, la disputa con Freud, bien conocida por usted. El intercambio de cartas entre nosotros se ha interrumpido aunque salve los dos estamos tratando de salvar lo que pueda salvarse. Creo que en definitiva esto puede tener cierto éxito. Estoy, como siempre, lleno de ideas, pero el deseo de escribirlas es igualmente nulo. Un descanso corto y completo me daría alguna fuerza, pero ¿a dónde puedo ir en estos tiempos deprimentes?

Admiro su perseverancia y su entusiasmo a pesar de la enfermedad y la dificultad, para no dejar que le falle el valor. Sus nuevos libros, cuyo contenido me era bastante familiar, suscitan gran interés en todos aquellos a quienes se los doy a leer. Empiezo a creer que su fuerza de voluntad superará todas las dificultades... También me gustaría informarle que esta carta ha sido la primera en un largo tiempo que me pone en contacto con el mundo exterior, lo que es probablemente un signo de inquebrantable amistad entre nosotros... Su viejo amigo, *Sandor*

Quería que Groddeck lo tratara, pero aunque Groddeck hubiera estado completamente bien, Ferenczi, que era judío, habría tropezado con dificultades para entrar en Alemania. Tampoco podía ir a verlo Groddeck. Hitler estaba en el poder, los viajes estaban muy restringidos y la persecución sistemática de los judíos ya había empezado.

En Heidelberg, los analistas del sudoeste de Alemania se reunieron en diciembre en la casa de Frieda Fromm-Reichmann. Groddeck habló sobre "El cuerpo y la mente". Aquello fue triste. La capacidad estoica por no tomar en cuenta una guerra no bastaba en tiempos como aquellos. Freud y Groddeck no habían siquiera mencionado la primera Guerra Mundial en sus cartas, pero la situación era ahora diferente.

En mayo llegó la noticia de la muerte de Ferenczi. Lou Salomé escribió a Gisela diciéndole que era una lástima que Groddeck no hubiera podido tratar a Ferenczi. "Groddeck lo habría salvado." En diciembre, Gisela Ferenczi escribió a Groddeck:

Ya le he escrito lo enfermo que volvió Sandor de su viaje de otoño, pero se recuperó pronto y los cuatro meses de invierno pasaron en el trabajo y sin problemas. En marzo ya estaba tan débil que tuvo que dejar sus clases, y pensamos que un largo descanso hasta septiembre lo ayudaría a superar esa debilidad. Desgraciadamente, su enfermedad, anemia perniciosa, es implacable, y se fue debilitando cada vez más... Se quedó en cama cuatro semanas. El 22 de mayo, el día de su muerte, todavía nos habló, leyó el periódico (que se le caía constantemente de las manos) y llamó a S. a su lado para decirle: "Será revisado."

Ésos fueron los últimos días de Ferenczi, descritos por su mujer. Su hijastra dice que observó los primeros síntomas de la enfermedad en la primavera de 1932:

Nos dimos cuenta de que se ponía pálido, de una manera ostensible. A cada rato, cuando pasaba frente a un espejo exclamaba: "No sé por qué estoy tan pálido... supongo que será la vejez", y se reía. Entonces no sentía ningún malestar y no consultó a ningún médico. Después se cansaba fácilmente, a veces se sentía agotado y sin embargo, como le gustaba dar una caminata después de la cena, con mi madre o conmigo, mantuvimos ese hábito por algún tiempo. Su estado empeoró perceptiblemente durante el otoño de 1932. Sin embargo, asistió al Congreso Psicoanalítico Internacional de Wiesbaden, en septiembre. De allí él y mi madre fueron a Biarritz, en Francia, a pasar las vacaciones, pero no pudo gozarlas porque se sentía muy, muy débil. No nos escribieron dándonos estas malas noticias porque

no querían asustar al resto de la familia y esperaban además que fuera una situación transitoria... No recuerdo a qué tratamiento lo sometieron, pero recuperó sus energías en gran medida y pronto empezó a trabajar con sus pacientes... Trató de no modificar su modo de vida, e inclusive aceptó invitaciones, aunque algunas veces caminaba con dificultad... Trabajó con algunos de sus pacientes hasta un mes antes de morir. Pasó sus dos últimas semanas en cama y en los últimos días era necesario darle sus alimentos. La comida se la daba una criada a la que le tenía mucho afecto. Hasta el último día bromeó con ella. Ella le preguntó si quería un poco de café. Cuando volvió con el café, estaba muerto. Creo que le habría gustado consultar al Dr. Groddeck en su última enfermedad. Recuerdo, en efecto, que hablaba de eso. Pero por entonces ya era incapaz de viajar y la consulta se aplazó... y después fue demasiado tarde.

Este relato fue escrito 25 años después de la muerte de Ferenczi y, sin embargo, difiere en sólo algunos detalles del relato de la señora Ferenczi.

Ferenczi no tuvo ataques homicidas ni de violencia, como sugería Jones. Si tuvo accesos de fantasía, no aparecen en las cartas de que disponemos. Su familia no advirtió ningún cambio en su condición mental. Hubiera sido absurdo que la señora Ferenczi escribiera a Groddeck algo falso, ya que se trataba del viejo amigo de su marido. Y, sin embargo, tampoco Jones falseaba las cosas. Parece haber habido un gran equívoco. Probablemente, nunca quedará en claro. Los amigos de Ferenczi siguen creyendo que Freud le desgarró el corazón. Jones creía que Ferenczi estaba loco cuando acusaba a Freud de hostilidad.

Groddeck tenía una opinión distinta. El 19 de febrero de 1934, escribió a Gisela:

He reflexionado durante mucho tiempo sobre si debo escribir esta carta, y ahora me he decidido a hacerlo. El hecho de que escriba a máquina se debe a que sólo de esta manera puedo escribir de una manera objetiva.

En estos últimos años sólo he podido pensar, con un peso en el corazón, en la vida de Sandor. Resultó víctima de su espíritu de investigación científica una suerte de la que me he librado sólo por mi propia falta de sed de conocimientos. Primero debo hablar de mí mismo. Aun antes de meterme en el psicoanálisis, tenía como convicción básica de mi pensamiento la idea de que en el ser humano, aparte de la psique con que se ocupa la ciencia, existen miles y millones de vidas interiores, más o menos independientes, que se agrupan algunas veces de una manera, a veces de otra, funcionando juntas o en oposición, y que, incluso, son muy independientes algunas veces. Con esta conclusión me he satisfecho y nunca he tratado de estudiar ese cosmos. No está dentro de mi naturaleza preocuparme con cosas que considero inexplicables.

En mi estrecha amistad con Sandor observé relativamente pronto que él juzgaba de la misma manera estas cosas, pero me impresionó ver que quería investigar científicamente el mundo del hombre y, si era posible, pintarlo de tal manera que se pudiera participar en eso que podría llamarse un drama. Este esfuerzo resultó dominante en él. Delante de mí se valió de la expresión: "Yo atomizo el alma." Pero esa atomización, cuando se intenta seriamente, sólo puede terminar en la autodestrucción, porque el otro hombre es y seguirá siendo un secreto para nosotros; sólo podemos atomizar nuestra propia alma, y eso nos destruye. La forma en que Sandor, cuyo genio y valor siempre he admirado, fue liberado finalmente de los dolores de una lucha sobrehumana no tiene que ver con esto. Una que otra vez intenté señalarle los peligros de ese camino para él; pero así como no es posible detener una tempestad rugiente con una mano, tampoco yo pude ayudar a Sandor. Cuando alguien dice que posiblemente yo hubiera podido hacerlo, ¿es un error? A pesar de lo cercanos que estábamos uno del otro, estaba ya muy lejos de mí en un vuelo hacia las estrellas que yo no podía ni quería seguir.

No puedo decirle más. Los acontecimientos externos de la vida de este hombre, tan raro entre los hombres, sólo han tenido sentido en la medida en que señalaban que pertenecía a los que dan, una y otra y otra vez.

Gisela replicó una semana después:

Su carta, querido Pat, me ha emocionado y conmovido profundamente. Puedo darme cuenta por ella de que usted también necesitaba tranquilidad y reflexión antes de escribirme y de explicarme su opinión. Quizás no debí citarle las palabras de Lou Salomé. Nunca pensé que usted pudiera ver en esas palabras algo más que la gran confianza en sus conocimientos que yo comparto con ella, y me satisfacía que ella creyera en usted tan firmemente y que lo honrara; por eso me apresuré a repetirle sus palabras.

Los hechos de estos últimos años me han demostrado que nadie, ni siquiera usted, podía ayudarlo. Hubo en él un cambio que no sólo destruyó su cuerpo lentamente, sino que tuvo gran influencia en su vida psíquica. Su “vuelo a las estrellas”, como usted bien lo llama, lo condujo a tales distancias que él mismo no sabía dónde estaba el fin. Por esto, su búsqueda desesperada, su batalla con la ciencia y la conciencia, sus dudas constantes acerca de lo que ya había sido descubierto, todo esto minó la salud de su cuerpo y su espíritu y provocó su destrucción. ¿No cree usted que su riñón enfermo y destruido con el tiempo contribuyó también a esto? Si alguien lo ayudó en su batalla fue usted, que pudo ser dueño de sí mismo por tanto tiempo. Usted sabe lo confortado que volvía después de verlo, lo bien que se sentía con usted, y nadie tuvo una influencia tan perdurable sobre él como usted, mi querido Pat. No piense jamás que he querido reprocharlo algo, ni siquiera en lo más mínimo. En lo más profundo de mi corazón sólo tengo cariño y gratitud por usted, no sólo porque supo siempre ayudar a Sandor en el terreno médico sino porque usted, como ningún otro, lo quiso, lo reconoció y lo honró. Para él y para mí los días que pasamos entre ustedes fueron felices, llenos de alegría y de éxito.

Groddeck, a pesar de los desafueros de Hitler, a pesar de saber que algunos de sus amigos más queridos se veían obligados, por ser judíos, a abandonar el país, se negaba a creer que fuera Hitler el responsable, sino otros malvados, que lo rodeaban. Escribió una carta a Hitler, pintándole la situación. Cuando no recibió respuesta, volvió a escribir. Trató de utilizar influencias para hacerle llegar una carta, seguro de que Hitler sólo tenía que ser informado para que todo marchara bien. Su terca e infantil teoría era que Alemania necesitaba un dirigente y que Hitler podía ser un gran dirigente, pero estaba mal aconsejado. Él, Groddeck, lo llevaría por el buen camino.

Una semana después de la carta de Gisela, llegó una nota de Freud, la última. Era una carta corta, agradeciéndole dos artículos enviados a *Imago*, con una línea acerca del estado de salud de Freud. “El cáncer está desgraciadamente mucho más cerca de mí, pero lo que usted me dice acerca de eso me parece demasiado incierto; probablemente a usted le pasa lo mismo.”

En mayo, Groddeck quedó postrado por otro grave ataque al corazón y sus amigos trataron de convencerlo de que saliera del país. A Emmy le advirtieron que Groddeck estaba en peligro de ser encarcelado, que debía dejar de intentar hacerse oír por Hitler y, sobre todo, debía poner fin a su crítica abierta al régimen. Emmy no podía convencer a Groddeck de que Hitler no pugnaba sinceramente por el bien del país. Por fin, llegó una advertencia definitiva. Sería detenido en cualquier momento.

Gracias a los esfuerzos de Frieda Fromm-Reichmann, la Sociedad Psicoanalítica Suiza lo invitó a dar algunas conferencias, y él aceptó. Fue con Emmy a Zurich, aunque sólo habían pasado dos semanas desde su último ataque al corazón. Habló sobre un tema titulado “Los ojos, la visión y la visión sin ojos”, el mismo tema, siempre su favorito, que fue su primera charla psicoanalítica, 24 años antes, en el Congreso de La Haya.

Estuvo magnífico. Los que lo vieron y lo oyeron decían que parecía un gigante, un ser superior. Había a su alrededor un aura radiante que nadie podía explicar, como si todas sus fuerzas se hubieran inflamado en una deslumbrante fuerza definitiva. Unas cuantas horas después sufrió un colapso y fue llevado a un sanatorio en Knonau.

No dio muestras de perder fuerzas; parecía estar poseído por infinitas energías. Planeaba grandes cosas, un tratamiento que liberaría del cáncer a toda la nación alemana. Para su plan necesitaba la cooperación de

Hitler. Frieda Fromm-Reichmann, que lo visitó para despedirse antes de salir hacia los Estados Unidos, fue recibida calurosamente y después le rogó que tomara pluma y papel, para dictarle su importante mensaje a Hitler.

“Escriba, Frieda. La enfermera no quiere tomarme dictado y esto hay que escribirlo.”

Durante horas, Frieda tomó el dictado sobre su curación del cáncer. Cuando llegó la hora de tomar su tren, él le dijo que la acompañaría. Ella protestó que no estaba en condiciones; él dijo que eran tonterías.

“Nadie sabe mejor que yo cómo me siento”, dijo. Durante veinte minutos caminaron por un camino de tierra suelta que subía y bajaba y cuando llegaron a la estación, no le faltaba siquiera el aliento. Se detuvo y habló, y cuando llegó el tren, le estrechó la mano y la miró con los ojos encendidos. Ambos sabían que no volverían a verse nunca. Él le dijo: “Le deseo todo lo mejor, Frieda”, le apretó las manos, dio media vuelta y se alejó.

Unos días después había muerto.

En el *Journal* apareció un panegírico, seguido en el siguiente número por un epílogo para corregir un error. El error, naturalmente, estaba en el origen del término *Das Es*. Primero se le había acreditado a Goethe y después a Nietzsche. La carta de Freud, con la declaración de que había tomado el *Das Es* de Groddeck antes de conocerlo personalmente, fue publicada de nuevo.

Entonces empezaron los rumores. Empezaron a circular historias, especialmente en los Estados Unidos, de que Groddeck se había suicidado. Cuando apareció *El mundo del hombre* al final de ese año, se publicó un ensayo de Medard Boss, que había tratado a Groddeck en el sanatorio en sus últimos días, que parecía afirmar que había muerto mientras dormía. Frieda Fromm-Reichmann que la última vez que había visto a Groddeck estaba bajo los efectos de alguna psicosis, aunque en contacto con la realidad en muchos niveles. Estaba agitado, obsesionado por la idea de que debía escribir todas sus ideas porque la muerte era inminente.

Se lo ha descrito como un médico que irrumpía como una tormenta en las almas de los hombres, penetrando en las profundidades donde toda la vida es una, donde todas las fronteras desaparecen y el cuerpo y el espíritu se funden. Allí, como un verdadero creador en el oscuro reino del Ello, modelaba una nueva vida y unas nuevas formas. Su gran conocimiento y su impresionante fuerza atraía a su alrededor a muchos de los mejores espíritus, llevados como por encantamiento al círculo de su influencia. Remoto y orgulloso en su ciudad de la colina, sonreía ante la prisa y el bullicio del mundo, pero siempre tenía conciencia de estar a merced de fuerzas más grandes que el yo que conocía, las fuerzas del Ello.

Y al final, estas mismas fuerzas con las que había luchado toda su vida lo dominaron y lo arrastraron al abismo de la muerte. Su corazón cedió mientras dormía. En su cara muerta no quedaba nada sino bondad y una gran calma.

Así habló Medard Boss ante el cuerpo de Georg Groddeck. Demasiado solemne, habría dicho Groddeck, demasiado solemne.

XX. “Los últimos días”, pp. 144-151, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck
Volver a News II-ALSF